

»con la erudición de las Sagradas Escrituras, en los cuales rebatió  
 »con enérgico estilo é hizo patente la prevaricación de la impiedad  
 »arriana, mostrando al propio tiempo cuanto práctica contra ella  
 »la Iglesia Católica y cuánto dista de sus errores en la religion y  
 »en los sacramentos de la fé,» por ella profesada <sup>1</sup>. Combatidos  
 con noble vehemencia los fundamentos de aquella secta, y descu-  
 biertos sus extravíos, quedaba al metropolitano de Sevilla el di-  
 rigir el ariete de su elocuencia contra las doctrinas que de tales  
 principios emanaban; y proponiéndose rechazar punto por punto  
 los dichos y sentencias de los arrianos, oponía á cada cual la  
 oportuna corrección, colocando así al lado de la ponzoña salu-  
 tífera triaca <sup>2</sup>.

Ni fueron estos los únicos desvelos que en medio de su des-  
 tierro debió España al hijo de Severiano: demás de terminar  
 los himnos y oraciones duplicadas, con que exornó toda la sal-  
 modia, dando cima á los comentarios que tenía ya escritos sobre  
 aquel inmortal libro, dirigió su voz con frecuencia á los prela-  
 dos católicos de la Península, para fortalecerlos en sus desgracias y  
 trabajos, animándolos á dar cabo á la difícil empresa encomen-  
 dada á su abnegación y su constancia.

Lograban debido fruto tan insignes esfuerzos, hallando digno  
 eco la autorizada voz de Leandro en los demás obispos, que pron-  
 tos como él á arrostrar la persecución y el martirio, tenían po-  
 derosos auxiliares en los abades de los más celebrados monaste-  
 rios. Señalábanse entre todos por su virtud y su talento Eutropio  
 y Juan de Biclara, cuyos nombres dejamos ya mencionados. Ce-  
 loso el primero de la disciplina monástica, procuraba excitar la  
 piedad de sus monjes, quienes le apellidaban con el título de *Pa-  
 dre* <sup>3</sup>; y atento al esplendor de la doctrina católica, combatía sin  
 tregua el arrianismo, seguro de su próximo fracaso. Instruido  
 Juan de Biclara en la erudición griega y latina durante su juven-  
 tud, consagrada en Constantinopla á tan loables tareas, al paso  
 que excitaba con su saber el respeto de los godos, á cuya raza

<sup>1</sup> San Isidoro, *De Viris illustribus*, cap. XLI.

<sup>2</sup> Id., id., id.

<sup>3</sup> Id., id., cap. XLV.

pertenecía <sup>1</sup>, atraía sobre sí el enojo de Leovigildo, que no pu-  
 diendo vencer su entereza y repugnancia á seguir las impiedades  
 de Arrio, acababa por desterrarle á Barcelona. Pero el destierro,  
 que exaltaba la fé de Leandro, fecundando su clara inteligencia  
 con nuevos tesoros, no podía ser estéril para Juan, que se acri-  
 solaba en los trabajos y penalidades, apareciendo como amparo y  
 protector de los que como él lloraban los rigores de Leovigildo.  
 Seguido de aquellos varones, se retiraba á las vertientes del Pi-  
 rineo, y encendido en el noble celo de Benito, fundaba en la so-  
 ledad el celebrado monasterio de que tomó nombre, sustituyendo  
 á la regla de Monte Casino nuevas constituciones y estatutos, que  
 daban mayor austeridad á la vida del claustro <sup>2</sup>.

Desde este asilo contemplaba las vicisitudes y contratiempos  
 del mundo, y reparando en la inconstancia de las cosas humanas  
 y en la magnitud de los sucesos que habían pasado ante su vis-  
 ta, concebía la idea de recoger en breves páginas la historia de  
 sus coetáneos. Formaba en su tiempo cuerpo de doctrina histórica  
 la colección de los *Cronicones* escritos por los cristianos, quienes  
 separándose de la grande escuela de la antigüedad clásica, ha-  
 bían dado á los anales de los pueblos nueva y muy diferente for-  
 ma, no pareciendo sino que en el tumulto de las armas y en me-  
 dio de los conflictos de la sociedad, aspiraban únicamente á con-  
 signar, conforme á la cronología, los hechos de más bulto, no  
 siéndoles ya dado hacerlo á la manera de los Thucydides y los  
 Xenofontes, ni de los Salustios y los Tácitos. Así habían escrito

<sup>1</sup> Digna de tenerse presente es la especialidad con que menciona San Isi-  
 doro esta condición, al escribir la vida de Juan de Biclara, diciendo: «Ioan-  
 nes Gerundensis Ecclesiae Episcopus, *nativitate gothus*, Provinciae Lusitanae  
 Scalabi natus» (cap. XLIV *De Viris illustribus*). No expresándose respecto de  
 ninguno de los demás varones incluidos en este libro igual circunstancia, de-  
 bemos deducir de ella lógicamente dos observaciones de suma importancia  
 para el estudio que vamos haciendo: 1.<sup>a</sup> Que era el Biclarense el primero de  
 su raza que por su saber y su creencia alcanzaba justo renombre en la Iglesia:  
 2.<sup>a</sup> Que el movimiento intelectual que produce el tercer concilio de Toledo,  
 se operaba única y exclusivamente por la raza hispano-romana y en virtud  
 del gran principio católico.

<sup>2</sup> San Isidoro (ut supra).

Eusebio y San Gerónimo, Próspero y Sulpicio, Idacio y Victor Tunense: así escribió también Juan de Biclara; y atento sólo á la importancia de los acontecimientos, de que había sido testigo, dióse por satisfecho narrándolos como de pasada, y sin que aparezca entre ellos más trabazon ni enlace que el orden sucesivo en que van acaeciendo. Parecía olvidar de esta manera, no solamente el ejemplo de los antiguos historiadores, sino también el de aquellos que durante su juventud florecían en la corte de Justiniano, donde, como vá advertido, había hecho sus estudios; mas era condición de la historia el verse reducida á sus primitivos límites en medio de la oscuridad en que habían caído las letras, y no podía el Biclarense sustraerse á la ley común que las cobijaba. Abrazando en su *Crónica* el periodo de los veintidos años que trascurren de 567 á 589, y comprendiendo desde el primero de Justino, el mozo, en que dejó la suya Victor Tunense, hasta el octavo de Mauricio, mostrábase el abad de Biclara como continuador de los *Cronicones* ya citados, empresa en que dominado exclusivamente por la magnitud de los sucesos, llegaba á olvidar las galas del estilo y del lenguaje, si bien calificando Isidoro de útil aquella obra, declaraba en su tiempo que estaba escrita en limado ó historial estilo <sup>1</sup>.

En esta y otras no menos plausibles tareas divertía Juan de Biclara los ocios de su retiro <sup>2</sup>, teniendo en Máximo, obispo de Zaragoza, digno cooperador respecto de la historia de los godos <sup>3</sup>, cuando muerto Leovigildo en 586, subía al trono Recaredo por unánime voto de los magnates y con general aquiescencia de los pueblos. Este príncipe, á quien dotó el cielo de natural afable y templado y de bondad extraordinaria, siendo tal el imperio de su

<sup>1</sup> Las palabras de San Isidoro son: «historico compositoque sermone valde utilem historiam [addidit in libro Chronicorum] (ut supra).

<sup>2</sup> Et multa alia scribere dicitur (San Isidoro, *ibidem*).

<sup>3</sup> Maximus Caesaraugustae civitatis episcopus scripsit et brevi stylo historiolum de iis quae temporibus gothorum in Hispania acta sunt, historico et composito sermone (San Isidoro, *De Viris illustribus*, cap. XLVI). Debe notarse que el *Cronicon* que anda con nombre de Máximo ha sido declarado apócrifo por los más autorizados críticos. La historia de que habla San Isidoro, no ha llegado á los tiempos modernos.

dulzura sobre las almas que no podían resistirle sus propios enemigos <sup>1</sup>, había sin duda aprendido en medio de las pasadas discordias y á vista de tantos y tan dolorosos desastres, que sólo podía cimentarse la potestad real sobre la ancha base del catolicismo, filiados bajo sus perseguidas banderas todos los hombres de ciencia y de virtud, y agrupada en torno de ellas la masa inteligente de la nación, que envilecida primero por la política de los conquistadores, se había rehabilitado, merced á la doctrina católica y á costa de inmensos sacrificios. La abnegación y firmeza de Hermenegildo para recibir el martirio, la constancia y mansedumbre de los prelados, cuya fé resplandecía en el destierro, el respeto debido á Leandro, cuya ausencia lloraba la parte más ilustrada y numerosa de la monarquía, todo contribuyó en Recaredo á modificar la política de Leovigildo <sup>2</sup>, cuyas repetidas victorias facilitaban aquel cambio, poniendo en sus manos el señorío de casi toda la Península Ibérica. Fué pues el primer decreto del nuevo rey la reparación completa del episcopado católico, cuyas iglesias yacían en triste orfandad ó miserable servidumbre: cien y cien prelados volvían al seno de la patria, contándose entre ellos Mazona, metropolitano de Mérida, insigne por la pureza y austeridad de sus costumbres, y el metropolitano de Sevilla, cuya presencia bastó á infundir nuevo aliento y esperanza á la nación entera. Rodeado Leandro de la aureola de la virtud, y precedido por la fama de sus libros contra el arrianismo, apareció desde aquel momento al lado de Recaredo como el genio tutelar de las Españas, no tardando el piadoso monarca en hacer absoluta abjuración de los errores de Arrio, dócil á sus amonestaciones y paternales ruegos.

<sup>1</sup> «Tantum in animo benignitatem gessit, ut omnium mentibus influens etiam malos ad affectum amoris sui attraheret» (San Isidoro, *Hist. Wisigothor.*, Era DCXXIV, año 586).

<sup>2</sup> Gregorio Turonense apunta la sospecha de que en los últimos instantes de su vida abjuró Leovigildo el arrianismo: «Ut quidam adserunt, poenitentiam pro errore haeretico agens..., in legem catholicam transiit (lib. VIII, capítulo XLVI). De aquí debió sacar sin duda el arzobispo don Rodrigo la especie de que en aquel solemne momento mandó á Recaredo que revocara el destierro de los obispos católicos: «Sed dum infirmitate acriter torqueretur, praecepit filio Recaredo, ut Episcopos ab exilio revocaret» (lib. II, cap. XIV).

Diez meses contaba sólo de reinado cuando, resuelto ya á abrazar el catolicismo, convocó una asamblea de obispos arrianos, donde mostrándoles su irrevocable voluntad, logró más bien por el consejo que por la fuerza, traerlos á la unidad y paz de la Iglesia <sup>1</sup>. Mas, pasado aquel momento, hizose ostensible la pertinacia de algunos prelados y magnates, que atentos sin duda á su provecho, llevaron la resistencia al punto de tramar punibles conjuras contra la vida del mismo rey, contándose entre los rebeldes la reina Goswintha, viuda de Leovigildo <sup>2</sup>.

No bastaba, en vista de aquellas tentativas, que Recaredo hubiese abrazado y hecho pública profesion de la doctrina católica: acostumbrados los godos á la obediencia de los campamentos, si no habian opuesto resistencia alguna á la voluntad de su rey, fácil era tambien que muerto este, volbiesen á caer en los lazos de la heregia, perdidos en consecuencia cuantos sacrificios se habian hecho para llegar á tan deseado término. Crecian estos temores, al recordar el ejemplo dado por el mismo pueblo visigodo en tiempo de Valente, y era al par indudable que recayendo en los extravíos de Arrio, subirian de punto las persecuciones contra la Iglesia católica, con lo cual venian por tierra las esperanzas de grandeza y prosperidad concebidas por el hijo de Leovigildo, grandeza y prosperidad que sólo juzgaba posibles bajo la sombra del símbolo de Nicea. Dominado de este pensamiento y aconsejado por aquel hombre extraordinario, cuya autoridad y elocuencia tanta parte alcanzaban en su ánimo, trajo Recaredo á la memoria el nombre de Constantino; y deseoso de establecer sobre firmes cimientos la unidad de la Iglesia, tuvo por acertado, para conseguirlo, el celebrar un concilio nacional, en que tomando parte así los prelados convertidos como los católicos, quedara indestructiblemente asegurada la paz y quietud de sus dominios.

Concebida tan afortunada idea, en que resaltan al propio tiempo las miras de una política profunda y de una piedad acendrada, restaba sólo darle cumplida cima. Mientras Recaredo, usando de

<sup>1</sup> El Biclarense dice: «Ratione potius quam imperio converti ad catholicam fidem facit» (Anno V Mauricii, primo Recaredi, 586 de Cristo).

<sup>2</sup> Id., años 587 y 588.

la potestad suprema, convocaba los obispos de todas sus provincias, en que se contaban tambien los de la narbonense y la gallega, dos monjes que en medio de la pasada borrasca habian conquistado el amor de grandes y pequeños, preparaban la fórmula de aquella solemne abjuración, con que iba á reanudarse en nuestro suelo la prodigiosa historia de los triunfos alcanzados por la inmortal doctrina de los Apóstoles y los Padres. Grande fué el número de los obispos y no escaso el de los magnates, abades y vicarios que en los primeros dias de mayo de 589 llegaban á Toledo, silla de aquella poderosa monarquía: inaugurado el concilio por el mismo rey, después de exhortar á los Padres á que invocasen los auxilios celestiales por medio de la oración y del ayuno, presentóles su profesion de fé, apoyada en los cánones de los cuatro concilios generales que hasta aquel tiempo se habian celebrado <sup>1</sup>; y admitida con universal entusiasmo, fué nueva y más solemnemente ratificada por Recaredo, firmada tambien por la reina Bada, su esposa. Hacian después los próceres y prelados convertidos no menos formal protestación <sup>2</sup>, quedando ahogada para siempre la semilla del arrianismo; y siendo aquellos recibidos en el seno de la Iglesia, atendian de acuerdo con los católicos á la restauración de la disciplina eclesiástica, grandemente relajada por la soltura de las costumbres y el estrago de las recientes persecuciones.

Veía Recaredo cumplidos en esta forma sus deseos: hasta aquel momento podia asegurarse que no habia existido la nacion española, divididas profundamente las diversas razas de sus moradores por los más contrarios intereses. Separábanlos al par la religion, la lengua y la política; é intérpretes de todos los odios engendrados por la servidumbre y la barbarie, contribuian las leyes

<sup>1</sup> Los de Nicea, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia (San Isidoro, *Etimol.*, lib. VI, cap. XV).

<sup>2</sup> Ocho fueron los obispos arrianos que abjuraron de esta secta, siendo en verdad digna de tenerse presente la formación visigoda de sus nombres, circunstancia no despreciable para el estudio que vamos haciendo. Son los siguientes: Ugnus, Murila, Ubiligisculus, Sumila, Gardingus, Becila, Argiovilus y Froisclus (*Esp. Sag.*, tomo VI, trat. VI, cap. IV).

á hacer más grande aquella division, alejando del suelo de la Península toda prosperidad interior y duradera bienandanza. Inútil había sido el empeño de los reyes visigodos que en el espacio de un largo siglo intentaron valerse de la persuasión ó de la fuerza para establecer entre ambas razas cierta manera de armonia, en que debian al cabo aparecer la fuerza y la opresion como principal base y fundamento. La lucha que en España sostenian visigodos y romanos, era la lucha de la civilizacion y la barbarie, por más que al penetrar en nuestro territorio trajesen los invasores templados algun tanto sus feroces instintos. En el violento choque de la fuerza, vencidos y humillados ya los españoles por la pujanza de vándalos y suevos, ninguna resistencia pudieron oponer á los visigodos, quienes para gozar de la victoria repartian entre sí la rica presa, como absolutos señores.

Mas si era incontrastable el poderio de aquellos hombres, que habían recorrido el mundo, llevando por todas partes la desolacion y el exterminio, en larga y porfiada lucha con una raza más inteligente y civilizada, bien que decaida ya de su antigua cultura, debian necesariamente recibir el lento y progresivo influjo de las costumbres, viniendo al cabo á ser dominados en el terreno de la inteligencia por aquellos mismos que sólo les infundieron desden ó menosprecio. Que tuvo el cristianismo en esta contienda moral la parte más noble y poderosa, no hay para qué repetirlo, cuando esta verdad resulta probada hasta la evidencia del estudio que llevamos hecho. Era la creencia católica el único elemento capaz de dar vida y vigor á la degenerada raza de los vencidos, y la creencia católica fué por tanto el inexpugnable baluarte á que se acogieron los españoles para reponerse y organizarse; y de humillados y envilecidos se alzaban por último como vencedores en la más trascendental y heroica lucha.

Ni era esta la vez primera en que la historia presentaba el ejemplo de salir triunfantes los pueblos domados por el hierro, al entrar con sus dominadores en el palenque de las ideas: Grecia, avasallada por Roma, imponia á la señora de las gentes el yugo de sus artes y de sus letras, modificando con su ejemplo la religion, las leyes y la lengua del Lacio. Pero este fenómeno,

que se reproducia ahora en todas sus partes, era en España de más felices consecuencias, al propio tiempo que había ofrecido mayores dificultades para realizarse. Aunque animada Roma exclusivamente por la ambicion insaciable de la conquista, saboreaba ya los placeres de la civilizacion, cuando intentó sujetar al carro de sus cónsules el cuello de la ilustrada Grecia; y halagada por el incontrastable brillo de sus armas, sentia dentro de sí el noble estímulo de la gloria, debida al cultivo de las letras y de las artes. Al inclinarse ante los monumentos de los Fidias y Lisippos, de los Filones y Methagenes su laureada frente; al contemplar con noble envidia las obras inmortales de Homero y de Hesiodo, de Sóphocles y de Euripides, pagábales digno tributo de admiracion; y dando cuenta de su propia cultura, reconocia en Atenas la supremacia de la inteligencia; mas al trasportar los dioses de Grecia al Capitolio, sólo crecia por desgracia el número de aquellos simulacros y supersticiones, que en medio de las luces tenían sumido al antiguo mundo en la oscuridad más dolorosa.

El pueblo visigodo no podia apreciar en igual forma la civilizacion hispano-latina: ni hallaba en ella la fuerza y energia que dominó en la griega á la ciudad de Rómulo, ni venia tampoco animado de aquel noble deseo de progreso intelectual; capaz de discernir lo malo de lo bueno, lo bello de lo informe, rindiendo justo homenaje á las producciones del ingenio humano. Declarándose rivales de la majestad del Imperio, sólo pudieron sus reyes remedar el fausto y vana pompa de la corte de los Augustos, juzgando alcanzar su envidiada grandeza con el aparato de sus armas y con el despreciable cortejo de los truhanes, parásitos é histriones, mientras apartados sus obispos y prelados del movimiento intelectual iluminado por los resplandores del arte y de la ciencia del antiguo mundo, se encerraban en el estrecho círculo trazado á los estudios teológicos y escriturarios por el celebrado Ulfilas<sup>1</sup>. Acostumbrada la muchedumbre visigoda á las escenas

<sup>1</sup> Jornandes en su libro *De Rebus geticis*, cap. LI; San Isidoro en el *Chronicon*, que en breve examinaremos; Sócrates en su *Hist. Eccles.*, tomo IV, cap. XXXIII, y otros historiadores más ó menos cercanos á los hechos, nos en-

de sangre, y cebada por largo tiempo en la rapiña, tenía por feliz con los goces materiales, cuyo logro colmaba su esperanza, hallándolo cumplido en el despojo del territorio y de las riquezas, que empobrecía y humillaba á la antigua raza española. Indiferente al estímulo de la verdadera cultura, ajena á todo yugo intelectual, únicamente hubiera alcanzado la unidad de la creencia á despertarse en ella el generoso anhelo de apoderarse de la civilización de los vencidos; pero la impiedad que la inficionaba, lejos de conducirla á semejante senda, la separaba más profundamente de los romanos, haciendo más árdua y difícil la empresa que á estos había encomendado la Providencia.

En el extraordinario éxito obtenido por Recaredo y Leandro con el tercer concilio de Toledo, se veía pues consignado el más alto triunfo de la idea católica, que apareciendo en aquellos días como única antorcha de civilización, resplandecía con tanto mayor brillo cuanto eran más densas las nieblas que la rodeaban.

Habíase preparado tan maravilloso triunfo por medio de la

señan que Ulfilas, aunque griego de nación, obispo de los godos, inventó en el siglo IV un alfabeto para uso de aquel pueblo, y puso en tal lengua y escritura los libros sagrados. Perdida la memoria de esta peregrina versión, apenas podría formarse idea de los trabajos de Ulfilas, ni de lo que era aquella lengua, sin las perseverantes investigaciones de la crítica, realizadas desde el siglo XVI hasta nuestros días. Desde los ensayos de Juan Van Gorp, que dió á luz la *Oracion dominical* en lengua meso-gótica (*Origin. Antuerpiae*, lib. VIII, pág. 739), hasta los descubrimientos del cardenal Ángelo Mai y del conde Castellione, que han publicado en nuestros días entre otros libros sagrados un *Calendario gótico*, donde se contiene la conmemoración de los más famosos sucesos relativos á dicho pueblo, han sido notables, aunque no muy numerosos los esfuerzos hechos para descubrir y estudiar los monumentos de la expresada lengua. Buenaventura Vulcanio, que dió al primer *Códice* en que se descubrió la versión de Ulfilas, título de *Argenteo*; Knittel, que descubrió cinco capítulos de la Epístola de San Pablo *ad Romanos* (1762); Wilkins, Wachter, Benzelius, Lye y otros muchos, que han escrito importantes disertaciones sobre estos ó análogos monumentos, han contribuido pues á ilustrar esta parte, oscura en extremo, de la historia literaria, siendo de esperar que tengan doctos imitadores. De cuanto hasta ahora se ha escrito puede legítimamente deducirse la exactitud de lo que en el texto observamos respecto del clero arriano; y sólo así se entiende cómo pudieron renunciar tan fácilmente á su lengua, según en breve notaremos.

persuasion y la palabra, y debía la elocuencia solemnizarlo en el momento mismo de recogerse aquellos inmarcesibles laureles. Interpretando el metropolitano de Sevilla, á cuya fé y doctrina se debía la conversión de los godos<sup>1</sup>, la universal alegría de condes, duques, optimates prelados, abades y vicarios, que componían aquella venerable asamblea, exclamaba en esta forma, mostrando el gozo inefable que inundaba su pecho:

«V. Alégrate y regocijate pues, Iglesia de Dios: gózate y levántate, cuerpo único de Cristo: vístete de fortaleza y salta de contento, porque tus tristezas se han trocado en placeres; el vestido del dolor se ha cambiado en traje de alegría. Hé aquí que olvidada de repente de tu esterilidad y pobreza, en un solo punto diste á tu Cristo innumerables pueblos. Aprovéchate en verdad de tus laboriosos afanes y cicatriza tus heridas: tal es en suma tu Esposo, cuyo imperio has de gobernar, que si consiente que seas depredada en lo más leve, te devolverá duplicada tu presa y te conquistará tus enemigos. Así pues el agrícola, así el pescador, mientras espera las futuras ganancias, no imputa los daños á las cosas que siembra, ni á las empresas que en adelante acomete. No llores ya, ni te vistas de luto por los que de tí se habian separado temporalmente, los cuales miras volver á tí con grandes ganancias.

«VI. Levántate pues fortificada en la Fé y en el merecimiento de tu Cabeza. Sé tú misma Fé robusta; pues que en los dones que hoy recoges, ves realizadas las promesas, en otro tiempo repetidas. Dice en el Evangelio la misma Verdad: «*Convenia á Cristo morir por la gente. Y no sólo por la gente, sino también porque los hijos de Dios que andaban dispersos, fuesen congregados en uno.* Y tú lo proclamas realmente en los sal-

<sup>1</sup> San Isidoro (*De Viris illustribus*, cap. XLI) dice estas terminantes palabras, calificando el mérito de su hermano: «Vir suavissimus eloquio, ingenio praestantissimus, vita quoque etiam atque doctrina clarissimus, ut et fide eius atque industria populi gentes Gothorum ab ariana insania ad fidem catholicam reverterentur.» Lo mismo se deduce de la carta, que despues de celebrado el concilio, dirigió Recaredo á San Gregorio, donde recomienda especialmente al Pontífice el metropolitano de Sevilla (*España Sagrada*, tomo VI, apénd. VIII).

»mos, dando paz á los que te odian y diciendo: *Magnificad al Señor conmigo y exaltemos su nombre en uno*. Y añade: *Congregando los pueblos y los reinos en uno para que sirvan al Señor*. Cuán dulce es la caridad, cuán deleitable la unidad, no ignorando por los vaticinios de los profetas, por los oráculos del Evangelio, por las enseñanzas de los Apóstoles, que no otra cosa predicabas sino el enlace de las gentes, ni por otra cosa suspirabas sino por la unidad de los pueblos, ni siembras otra cosa más que los bienes de la paz y de la caridad entre los hombres!...

»VII. Alégrate en el Señor, pues que no fuiste defraudada en tu deseo; porque á los que habias concebido en tanto tiempo con lágrimas y en medio de continua oracion, ahora tras el hielo y crudo invierno, tras la dureza del frio, tras la aspereza de las nieves, como el encanto y fruto de los campos, como las gayas flores de la primavera, ó los rientes pámpanos de las vides en sus tiernos vástagos, los diste á luz de improviso.

»VIII. Ea pues, oh hermanos!... Sublimémonos con toda caridad en el Señor y regocijémonos en Dios, salud nuestra. Creamos por las cosas ya consumadas, que son verdaderas y se han de cumplir aquellas que se esperan todavía; aquellas que fueron anunciadas por el Señor, diciendo: *Otras ovejas tengo que no son de este redil, y me conviene juntarlas, para que haya un solo rebaño y un solo pastor*. Consideremos que fueron ya colmadas; por lo cual no dudemos de que todo el mundo pueda creer en Cristo y abrazar una sola fé, segun en el mismo Evangelio aprendimos: *Y será predicado este Evangelio en todo el Universo para testimonio de todas las gentes, y entonces, dice, vendrá la consumacion de los tiempos*.

»IX. Si queda pues alguna parte del mundo ó alguna gente bárbara, no iluminada por la Fé de Cristo, no dudemos que al cabo ha de creer y venir á una sola Iglesia, si tenemos por verdaderas las palabras de Dios. Ya pues, oh hermanos, ha recobrado la bondad el puesto que la malignidad le tenia usurpado, y al error ha sustituido la verdad, para que, si la soberbia tenia separadas las gentes con la diversidad de las lenguas<sup>1</sup>, las

<sup>1</sup> Llamamos la atencion respecto de estas palabras de San Leandro, porque

»junte y llame otra vez la caridad á un solo gremio de hermandad; y así como es el Señor único poseedor del mundo, de igual modo para que su posesion sea un solo corazón y un pensamiento solo: *«Ven á mí, dice, y te daré la gente por herencia, y para tu posesion los confines del mundo*. Por esta causa se propagó el género humano de un solo hombre, para que los que de uno solo procedieran, tuviesen un solo consejo, y buscasen la unidad y la amasen»<sup>1</sup>.

En tal manera se consumaba pues aquella trasformacion religiosa, principio y base del cambio que iba á experimentar la política de los reyes visigodos y con ella la civilizacion española. Iniciada por el sacerdocio católico, apoyada ardientemente por el monacato, mostrábase uno y otro como personificacion de la idea que obtenia tan señalada victoria, abanderando aquel movimiento tres monjes, cuya autoridad y ciencia bastaron á inclinar la balanza á favor del catolicismo, en medio de los conflictos pasados. Leandro y Eutropio eran el alma de aquel me-

son prueba fehaciente de la existencia de la lengua visigoda, punto que se ha puesto en duda por muy doctos escritores nacionales y extranjeros. Y como arriba queda advertido, no solamente habia diferencia de lenguas, sino que distintas las creencias, que acaloraba el espíritu de raza, fué indispensable el que lo fuese tambien la literatura. Pero este particular tocaremos en los siguientes capítulos, y de las diversas lenguas habladas á la sazón en la Península, al fijar los orígenes de los romances, que se forman en nuestro suelo.

<sup>1</sup> Esta oracion ú homilia ha sido publicada muchas veces, é incluida por Loaysa y Aguirre en sus respectivas colecciones de los concilios de España. El cardenal Baronio, á quien hemos citado ya en diferentes ocasiones, la considera «escrita en un estilo sencillo, bien que desaliñado, y propio de la barbarie de aquel siglo; pero muy colmada de ciencia divina y exornada de maravillosa sabiduria» (*Anal. ecclesiast.*, anno 589 de Cristo). La mayor parte de los críticos nacionales hallan en ella más profundidad de doctrina que ornamento de palabras, condicion que basta á explicarnos el carácter de la elocuencia de San Leandro, más atenta á los fines que cuidadosa de las flores retóricas. Pero justo es consignar que no carece de elegancia, revelando ya el genio de la elocuencia sagrada en nuestro suelo, segun pueden comprender los lectores en los pasajes trascritos, que hemos procurado traducir con toda exactitud, para conservar su carácter. La oracion original empieza con estas palabras: «Festivitatem hanc omnium esse solemniorem festivitatum, novitas ipsa significat: quoniam sicut nova est conversio tantarum plebium causa, et nobiliora sunt solito Ecclesiae gaudia, etc. (Aguirre, tomo IV, pág. 236).

morable concilio <sup>1</sup>: Juan Biclarenses, que admiraba las altas virtudes de ambos, era el primer historiador de tan sorprendente suceso, con que ponía fin á su *Crónica*, logrado ya el premio de sus trabajos y afanes <sup>2</sup>.

El efecto inmediato de tan inusitado acaecimiento, aunque uno en el fin, debía reflejarse en dos diferentes esferas, ora asegurando respecto de la raza hispano-romana el fruto de la ciencia y de la doctrina católica, atesoradas por el episcopado y el monacato durante los días del conflicto, ora derramando en el seno de la grey visigoda el bálsamo salutarífico que cerrase para siempre las llagas de la prevaricación arriana. Leandro, que tan denodadamente había combatido, hasta merecer el título de *Apóstol de los visigodos*, no podía desconocer que llegado el momento del triunfo, le aguardaban aquellos grandes cuidados, si no habían de ser estériles sus heroicos esfuerzos. Mientras, henchido de aquel júbilo, que había rebosado en sus palabras en medio del concilio, participaba á su tierno y sabio amigo Gregorio, que se asentaba ya en la silla de los Pontífices Romanos, la conversión de la nación visigoda <sup>3</sup>; atendía á fecundar, restituido á la metrópoli de la Bética, la semilla que había echado con mano paternal en aquel suelo, dando nuevo

<sup>1</sup> El Biclarenses escribe respecto de este punto: «Summa tamen Synodalis negotii penes Sanctum Leandrum, Hispalensis Ecclesiae episcopum et Beatissimum Eutropium, Monasterii Servitani Abbatem, fuit.» (Anno IIX Mauricii, IIII Reccaredi, —589).

<sup>2</sup> Cuando se celebró el tercer concilio Toledano, sólo alcanzaba Juan de Biclara la dignidad de abad del monasterio fundado por él mismo. Dos años después (en 591) era elevado á la silla de Gerona, figurando en los siguientes entre los Padres de los concilios de Zaragoza [592], Toledo [595], Barcelona [599] y Toledo [610], y apareciendo por última vez entre los del Egarense, tenido á principios de 614. Créese que vivió hasta el año de 621 (Florez, *España Sagrada*, tomo VI, apénd. IX).

<sup>3</sup> Gregorio, á quien la posteridad señala con título de Magno, contestaba á Leandro, diciendo sobre la conversión de Recaredo, quien le había comunicado igual nueva: «Explere autem loquendo nullatenus valeo gaudium meum, quod communem filium Reccaredum gloriosissimum Regem ad Catholicam Fidem integerrima agnovi devotione conversum.» Refiriéndose á la necesidad de asegurar lo ganado, le añadía: «Nunc ergo eundem solertius Sanctitas vestra evigilet, ut bene coepta perficiat [Reccaredus], ne se de perfectis bonis operibus extollat» (Aguirre, tomo III, págs. 285 y 86).

y mayor impulso á la escuela por él fundada en cumplimiento de los antiguos cánones, para la enseñanza de las ciencias y de las letras <sup>1</sup>.

El docto maestro, que no sólo había llamado á oír su palabra, antes de la abjuración arriana, á los hijos de la grey hispano-latina, ponía ahora todo empeño en atraer al terreno de las letras y de las ciencias á la juventud dorada de la raza visigoda, seguro de que no faltarian en ella imitadores de Hermenegildo y de Recaredo. El cultivo de las lenguas sabias y de las disciplinas liberales, formaba con el estudio de la moral que emanaba directamente del dogma católico y con el de los poemas sagrados el gusto y la educación literaria de aquellos neófitos, al mismo tiempo que fortalecidos con la ciencia del antiguo mundo y con las Santas Escrituras, se hacían dignos del amor de Leandro cuantos se ufanaban de ser sus discípulos y comparticipes en la meritoria y santa empresa, que había coronado por su cima. Entre todos resplandecían sus hermanos Fulgencio é Isidoro, no ajena por cierto del comercio de las letras y de la musa sagrada la hermosa Florentina, que siguiendo sus huellas, aspiraba á hacer entre las matronas visigodas la misma cosecha alcanzada por Leandro entre los próceres y optimates del reino <sup>2</sup>.

Siete años gozó el *Apóstol de los visigodos* de la gloria debida á sus altos merecimientos. Respetado de la cristiandad, cuyo primer pastor, enviándole el santo palio y recordando los días que pasaron juntos en Constantinopla, le manifestaba una y otra vez el ar-

<sup>1</sup> Hemos ya citado el cánón I del concilio II Toledano, donde se disponía que los niños oblatos «cum traditi fuerint [ministerio], in domo Ecclesiae, sub episcopali praesentia a praeposito sibi debeant erudiri» (Aguirre, tomo III, pág. 132). Pero es importante observar que esta prescripción no llegó á dar fruto desde los tiempos de Amalarico, en que aquel concilio se celebra (Era DLXV, año 527).

<sup>2</sup> Andrés, *Storia d'ogni letteratura* (tomo I de la ed. de Parma). Lástima es que no hayan llegado á nuestros días ninguno de estos himnos religiosos de Florentina, de cuyo talento y virtud nos dejó tan alta idea el mismo Leandro. Á juzgar por la mansedumbre de su carácter, no sería maravilla el que estuviesen empapados en dulce melancolía y religiosos afectos. Florentina es la primera poetisa sagrada, cuyo nombre registra la historia de las letras españolas. Su ejemplo fué de grande consecuencia para la causa del catolicismo.

diente anhelo de verle <sup>1</sup>; tenido en suma veneración por los visigodos; colmado de las bendiciones de los hispano-latinos, pasaba de esta vida en 596, dulcificados los dolores de la carne con el firme convencimiento de que había salvado á su raza de la servidumbre moral en que la tenía la barbarie, y conquistado para su religión eterno é inmarcesible lauro <sup>2</sup>.

Leandro no se equivocaba: la semilla arrojada por su sabia y virtuosa mano, fructificaba copiosamente entre prelados y magnates <sup>3</sup>, hallando colmada granazón en el último de sus hermanos, que llamado á sentarse en la misma cátedra de Sevilla, era aclamado por sus coetáneos y saludado por su posteridad como la más alta gloria del nombre español, durante los tiempos medios.

Contemplemos pues la gran figura de Isidoro en el siguiente capítulo.

<sup>1</sup> Aguirre, tomo III, págs. 286 y siguientes. Al remitirle la *Exposición de Job*, que había escrito á su ruego, le decía San Gregorio: «Hoc ipsum opus ad vestram Reverentiam scripsi, ut ei quem prae caeteris diligo, in meo iudicet labore sudasset». Enviándole despues el *Libro de la Regla Pastoral*, añadía: «Quanto ardore VIDERE TE SITIAM, quia valde me diligis, in tui tabulis cordis legis!»

<sup>2</sup> Los postreros dias de Leandro fueron en verdad harto dolorosos; y tanto le inquietó la gota que padecía, que el referido San Gregorio se vió forzado á consolarle, diciéndole que él mismo se veía combatido de aquella dolencia. «De podagrae vero molestia Sanctitatis vestra, ut scribit, affligitur, cuius dolore assiduo et ipse vehementer attritus sum» (*Oper. Sancti Greg. Magni*, libro IX; Aguirre, tomo III, pág. 292).

<sup>3</sup> Los nombres de Sisibuto, Bulgarano, Chindaswinto y de otros magnates, que ya suben al trono, ya ilustran con sus hechos y sus escritos la edad visigoda, convencen de esta verdad; y el mismo San Isidoro nos ha dejado auténtico testimonio respecto de Claudio, uno de los duques más poderosos de la Bética, varón palatino de Recaredo. Escribiéndole, le decía al propósito: «Memento communis nostri doctoris Leandri, et eius fidem atque doctrinam pro viribus imitare» (*Collect. PP., Oper. Sancti Isidori, Epist. ad Claudium*).

## CAPITULO VIII.

### ESCRITORES DE LA MONARQUÍA VISIGODA.

#### ISIDORO DE SEVILLA.

Consecuencias del tercer concilio de Toledo.—El Episcopado.—Su influencia en la república por medio de los Concilios.—Efectos de esta influencia en la raza visigoda.—Decadencia del espíritu bélico.—Situación de la raza hispano-latina.—Renacimiento de las letras clásicas.—Los obispos católicos.—Fulgencio é Isidoro.—Representación de Isidoro en la Iglesia y en el Estado.—La escuela de Sevilla.—Estudios y profesorado de Isidoro.—Sus obras: sus poesías.—Breve exposición de algunas obras.—Análisis de las *Etimologías*.—Juicio de las *Historias*.—Su estilo y lenguaje. Carácter de sus escritos.—Discípulos de Isidoro.—Bráulio de Zaragoza.—Reaparición de la poesía cristiana.—Máximo y Conancio.—Ministerio de la poesía sagrada.

Grande había sido la transformación operada en la Península Ibérica por el tercer concilio de Toledo.—Triunfaba allí la doctrina católica, rehabilitábase moralmente la raza hispano-romana, cuya fé no entibió la persecución ni desalentó el martirio, y echábase los fundamentos á una nueva política, en que debían tener grande participación los mismos prelados que lloraban antes en el destierro la tiranía de los reyes visigodos. Recaredo, á quien había servido de estímulo el ejemplo de Constantino y que ambicionaba la fama de Teodosio, veía al cabo fundada sobre la an-